García Jambrina, L. ***El manuscrito de piedra***

Fernando de Rojas volvía a Salamanca con el propósito de proseguir sus estudios. Antes de cruzar con su mula el puente romano, se detuvo un momento para contemplar la ciudad al otro lado del río. Casi enfrente, mirando un poco a la derecha, comenzaba la cuesta que, tras pasar por delante de la Cruz de los Ajusticiados y atravesar la puerta del Río, llevaba hasta la Iglesia Mayor o Santa María de la Sede, en la que destacaba su original cimborrio coronado por una veleta en forma de gallo, símbolo de la iglesia vigilante, que cuadraba muy bien con ese aire de fortaleza que tenía el edificio, gracias a sus almenas y a su torre mocha. Pero, a pesar de ser la catedral, no era tan grande como se esperaría de una ciudad de unos veinte mil vecinos, de los que cerca de siete mil eran estudiantes, y con una Universidad tan notoria como la de Salamanca, una de las más renombradas, junto con las de París y Bolonia, de toda la cristiandad. Lo cierto es que había ya un proyecto para construir una nueva Iglesia Mayor, mucho más grande, esbelta y airosa, […] pero no terminaban de ponerse de acuerdo sobre la ubicación más idónea para el templo y las obras apenas avanzaban.

[…]a finales del siglo XV, Salamanca se había convertido en un hervidero de conflictos, lo que no quitaba para que estuviera comenzando a vivir un momento de esplendor.